

ARTES Y LETRAS CHICANAS EN LA ACTUALIDAD:  
MÁS ALLÁ DEL BARRIO Y LAS FRONTERAS

FRANCISCO A. LOMELÍ  
Universidad de California, Santa Bárbara

(Abstract)

The quality of the different artistic expressions of the chicano people, mostly since the 80's, has achieved a level that transcends the frontiers of the "barrio". Innovations in literature, painting, music and films are related to the universalization of art and not confined to purely sociological or local spheres. The postmodernist principles become the model chosen by young chicano artists.

.....

Más y más la expresión artística chicana en sus múltiples manifestaciones va imponiéndose dentro de los Estados Unidos a un ritmo impresionante, habiendo repercutido también a nivel internacional. Aunque su aceptación en algunos círculos siga incitando cuestionamientos, no cabe duda que va cobrando un insólito reconocimiento por su originalidad, su frescura y su resonancia. Apenas hace dos décadas que mucha de esta expresión, fuera ella literatura, música o pintura, se medía en términos de subcategoría y como fenómeno inclasificable, o sea, no entraba dentro de los patrones o parámetros conocidos de lo tradicional o convencional. Los cánones parecían tener sus puertas cerradas y no había espacio para nuevos miembros. Frecuentemente era tachada de plebeya, proletaria o lo que en México se denomina 'rascuachi', como calificativo de señalar algo de mal gusto o pobre calidad por su textura popular. Para otros, figuraba entre el dicho "ni chicha ni limonada". En los círculos norteamericanos del *establishment* cultural, lo chicano resultaba ser una gran bofetada a lo burgués por su carácter a veces panfletario y también por su aspecto folclórico, el cual incorporaba gustos y voces bilingües y retaba los muchos tabúes puristas en lenguaje respecta. El mundo monolingüe norteamericano rechazaba tal expresión por parecerle foránea y muy ajena a lo propio, mientras que el mundo mexicano hacía lo mismo por ver en ella una dosis de adjudicación que también desafiaba su sentido monolítico de lo nacional. No era fácil entender y menos aceptar la irreverencia chicana ante lo establecido, ya que el mundo cultural de ambos países se estimaba flexible y abierto a cambios por dentro. El razonamiento era que todo tenía sus límites.

La expresión artística de una identidad chicana propia se ha logrado a base de mucho esfuerzo. Atribuida sobre todo a la década de pro-derechos civiles de los años 60 y a las rebeldes inquietudes de los años 70, se ha propagado equivocadamente que sus orígenes empezaron en esa época histórica como manera de compensación a las anteriores desventajas sufridas como minoría étnica; tampoco es resultado de las recientes olas inmigratorias de indocumentados mexicanos, aunque en parte ha recibido cierto estímulo. Esto explica el grado de manifiesta rebeldía pero distorsiona la historia,

porque un pueblo de ascendencia mexicana había permanecido en lo que hoy es el suroeste norteamericano desde la colonia española. Los chicanos no salieron de un cascarón en los años 60, sino que su descontento llegó hasta tal punto de estallar por las injusticias sistemáticas de tantos años. Ya había una cultura chicana con tradiciones artísticas bien arraigadas, pero en su mayoría se volvieron actividades de consumo local por parte de un pueblo conquistado. Su literatura como su arte y música perduraron a pesar de no tomarse en cuenta por el norteamericano. El revisionismo histórico ahora nos permite hacer relucir obras, artefactos y actividades (e.g. teatro, novelas, corridos, pinturas) verificables de dicha tradición que ha sobrevivido, a pesar de las condiciones poco propicias para ello.

En la actualidad, lo chicano es visto como un fenómeno artístico que va abriendo brechas de la posmodernidad, aunque muchos no lo entiendan e incluso a veces tengan una limitada predisposición. Lo chicano forma parte del mundo cambiante norteamericano, reconociéndose como elemento importante de esos cambios. Es decir, los 20 y tantos millones de chicanos ya no siempre ocupan el status social que antes solían tener como campesinos, sirvientes o lavaplatos, sino que con los otros 10 millones de hispanos (puertorriqueños, cubanos y otros latinoamericanos) forman un conglomerado pan-hispánico de relativa **fuerza y presencia** como entidad cultural. Contando con cierta movilidad social, es obvio que han podido ir más allá del barrio. Si la discriminación y el racismo antes constreñían su círculo de influencia, más y más se acercan al *mainstream* o por lo menos están contribuyendo a su definición--algo que hasta hace poco se consideraba inaudito. De esta manera, lo chicano (en conjunto con los hispanos en general) va transformando lo anglo-americano en cómo éste se ha visto a sí mismo. Por ejemplo, palabras del español mexicano derivadas de las costumbres culinarias (e.g. burrito, jícama, taco, enchilada, etc.) ya forman una parte normal del léxico inglés. Restaurantes mexicanos ahora abundan por todos los Estados Unidos, fenómeno reciente que invita al sincretismo a cierto nivel sublime y que convierte la vida norteamericana en una especie de sancocho muy variado y diverso--contrarrestando el famoso *melting pot* en lo que lo anglo-americano siempre tendía a dominar. Así la lengua española va cobrando un lugar que nunca había tenido, por superficial que esto parezca. El elemento mexicano que conserva el chicano, entonces, ya no es tan extraño como se veía, y se convierte definitivamente en un ingrediente dinámico y vital dentro de lo norteamericano.

No cabe duda de que un nuevo espíritu revitalizador va surgiendo con sus elementos hispanos/mexicanos en la conciencia norteamericana. Los campos de la literatura, la cinematografía, la música, el arte, y otras formas culturales van dejando sus huellas indelebles, produciendo una nueva síntesis multicultural con nuevos ritmos, sonidos, sabores y motivos, o sea, crea lo que Carlos Fuentes ha denominado Mexamérica. Hoy día son comunes los encuentros entre la salsa y el jazz, la canción ranchera y la canción *country*, el *rap* negro y el *rap* hispano, baladas y corridos, el *rock-n-roll* y la canción nueva comercial, el graffiti y el muralismo. Se puede hablar en términos de varias tendencias: la tropicalización, la latinización, y la compenetración. Escritores como Jimmy Santiago Baca, Sandra Cisneros, Ana Castillo, Arturo Islas, Luis Valdez, Lorna Dee Cervantes, Víctor Villaseñor, y otros, van ampliando su público a

la vez que son codiciados por su valor comercial por parte de las editoriales gigantes del *mainstream*, sobre todo de la franja poniente de los Estados Unidos. En cuanto al cinema, temas y actuaciones chicanos van experimentando un imprevisto auge, derrumbando afortunada y paulatinamente las imágenes estereotípicas del mexicano grasiento y perezoso o la hembra seductora y abnegada. En el arte, personas claves como Gronk, Frank Romero, Carmen Lomas Garza, Malaquías Montoya, Ester Hernández, y Carlos Almaraz, entre otros, han contribuido obras tan significativas que las galerías de prestigio ahora compiten como nunca por montar exposiciones de gran importancia. En música, los ejemplos de Los Lobos, el rap de Kid Prost y Linda Ronstadt también han forjado unos nuevos conceptos musicales. Encontramos una amplia red artística altamente cotizada que hasta cierta manera ha superado su propia marginalización al igual que las barreras y obstáculos del racismo institucionalizado para lograr imponerse como fenómeno de gran repercusión cultural en el ámbito nacional e internacional.

La literatura chicana en la actualidad ha estado experimentando una incomparable etapa de florecimiento, ya que su base se ha generado en torno a una convergencia de sistemas simbólicos mexicano y norteamericano. Su originalidad reside justamente en el hecho de compartir dos tradiciones literarias y así ha conseguido elaborar una identidad híbrida propia. Lo chicano trasciende la unicidad cultural porque el mezclar dos culturas, formando una tercera, es su fuerza. Por ejemplo, ya se ha dominado la abierta fase combativa de compromiso político de los años 60 y 70 para resaltar los valores estéticos sin tener que sacrificar una conciencia social. Ahora se procura un equilibrio más mesurado sin caer en lo perogrullesco o el fácil dogmatismo. La gran búsqueda de identidad, tema ardiente y favorito de épocas anteriores, ya no figura como única obsesión, sino que cobra nueva vitalidad al diversificarse en un examen cauteloso de la universalidad. Ya no importa tanto definir lo chicano en un determinado espacio o tiempo épico con el fin de dar un sentido de cimiento histórico, como fue típico en *Pocho* (1959) de José Antonio Villarreal, *Yo soy Joaquín* (1967) de Rodolfo "Corky" Gonzales, "... y no se lo tragó la tierra" (1971) de Tomás Rivera, *Floriscanto en Aztlán* (1971) de Alurista, *Bless Me. Ultima* (1972) de Rudolfo A. Anaya, o *Peregrinos de Aztlán* (1974) de Miguel Méndez. Tampoco interesa tanto la agenda de promover una sola estética como ocurrió con la revista seminal llamada *El Grito* (1967-1973) en que se fundamentó en varias disciplinas, sobre todo las ciencias sociales, la noción del nacionalismo cultural. El panorama ahora abarca más voces, tonalidades y modalidades. Tampoco se sobre enfatiza el tecnicismo literario, tal como se desarrolló en la segunda mitad de la década de los años 70 con innovaciones imaginativas como *Caras viejas v vino nuevo* (1975) de Alejandro Morales, *Victuum* (1975) de Isabella Ríos, *The Elements of San Joaquín* (1976) de Gary Soto y *The Road to Tamazunchale* (1975) de Ron Arias. Ante todo, se valoriza lo auténtico, lo cotidiano y lo plurivalente; o sea, para escribir algo, hay que escribirlo bien.

Desde 1980 hasta el presente se puntualiza más bien la experiencia individual e interior, de donde también se desdobra sutilmente un sentido colectivo. El minimalismo se sobrepone a pinceladas a grandes rasgos. La bifurcación tanto temática como técnica es lo que más motiva la creación chicana contemporánea de los últimos

años, convirtiéndose en un *boom* respetable dentro del ámbito literario norteamericano, debido a que más y más se arraiga en ésta tradición, a la vez que hace cuestionar el carácter monolítico de lo anglo-americano. Si antes intentaba imponerse en español o con giros bilingües ("mis ojos hinchados/ flooded with lágrimas" de Alurista), recientemente se va cultivando el inglés con mayor rigor sin necesariamente rechazar el español. Al contrario, éste se respeta y casi siempre logra incorporarse a través de expresiones, palabras o conceptos propios de la lengua. Parte de su fascinación está en la habilidad de enfocar realidades sociales que no han figurado en la conciencia del lector de la literatura norteamericana. Abre horizontes y hace descubrir experiencias soterradas o ignoradas, permitiendo deslumbrar una realidad social que refracta la totalidad de sus contornos. Además, se busca dar testimonio de voces apagadas o reprimidas por el silencio y hay una concentración particular en aspectos de la familia como entidad cultural amenazada por la extinción o la desintegración. Esto explica en parte su atractivo a nivel internacional, ya que por medio de lo chicano se puede radiografiar con mayor certeza lo norteamericano.

La literatura demuestra una serie de avances pero tal vez lo que más se destaca últimamente es la presencia femenina por sus convicciones como escritora, su polifonía de voces y su talento abarcador de captar y representar experiencias propias de la mujer. Cuestionan valores convencionales, como el machismo y el papel tradicional de la mujer, pero también indagan en el alma femenina para poner en tela de juicio sus dilemas y condicionamiento. Así consiguen profundizar sobre lo chicano al introducirnos a otra sensibilidad y a una distintiva óptica social con matices dignos de considerar críticamente. Escritoras como Ana Castillo en *Women Are Not Roses* (1984) y *The Mixquiahuala Letters* (1985) donde trata a la mujer como sujeto en vez de objeto, Helen María Viramontes en *Moths and Other Stories* (1985) donde la familia se percibe con ojos femeninos, Sandra Cisneros en *The House on Mango Street* (1985) y *Hollerina Woman Creek* (1990) donde da una visión poética de la mujer, Cherrie Moraga en *Giving Up the Ghost* (1985) donde sugiere una poética feminista, Cecile Pineda en *Face* (1985) donde el tema de la identidad cobra universalidad, Pat Mora en *Borders* (1986) donde las divisiones se deshilvanan, Lorna Dee Cervantes en *Emplumada* (1981) donde la mujer contempla sus contornos sociales y Gloria Anzaldúa en *Borderlands/ La Frontera: The New Mestiza* (1987) donde se enfoca en ambigüedades, todas ellas apuntan a creaciones claves y centrales en la variedad poliforme que va cobrando la literatura. En algunos casos, deconstruyen los conceptos tradicionales hacia la mujer. También proponen vistas filosóficas sobre el mismo tema, pero lo que más logran es proyectar a la mujer en sus múltiples dimensiones como preocupación central, superimponiendo una imagen más activa, incluso conflictiva, para así señalar que la mujer no es telón de fondo sino todo lo contrario.

Al par de las chicanas, otros escritores han producido obras fundamentales como Jimmy Santiago Baca en *Martín & Meditations on the South Valley* (1987), Alejandro Morales en *Reto en el paraíso* (1983), Luis Valdez en *Zoot Suit and Other Plays* (1992), John Rechy en *The Sexual Outlaw* (1987), Arturo Islas en *The Rain God* (1984), Gary Soto en *Living Up the Street* (1985) y Rolando Hinojosa-Smith en *Mi querido Rafa* (1981). De nuevo, se ve un esfuerzo exploratorio de un sinnúmero de

aspectos vivenciales difíciles de sintetizar, porque lo que cuenta ahora es la madurez y variedad en tema y enfoque.

Han habido otras proyecciones significativas en el campo literario. Por ejemplo, ha surgido un renovado interés por rescatar obras antiguas del olvido, ensanchando lo chicano más allá de la época contemporánea (e.g. Eusebio Chacón, Amparo Ruiz de Burton, José Guadalupe Vallejo). Por otro lado, la atención internacional de la literatura ha despertado juicios críticos en lugares muy lejos de los barrios o campos de cosecha de donde se creía que habla originado (ver *Les Fils du Soleil* de Marcienne Rocard, *Aztlán: Terre Volée, Promise* de Charles Yves Grandjeat, *Dal Mito al Mito* de Lia Tessarolo Bondolfi, *Antología de la literatura chicana* de María Eugenia Gaona). También se evidencia una mayor comercialización de la literatura, ya que algunas de las editoriales norteamericanas más poderosas están comprando los derechos para diseminar obras chicanas a nivel masivo (e.g. Doubleday, Harcourt/Brace Jovanovitch, Random House, Bantam Books).

En lo que respecta a las artes plásticas chicanas, encontramos un agudo interés en su cotización, gracias a las estrategias mercantiles del *mainstream* que promueve el consumismo y un insaciable exotismo hacia el mismo fenómeno. Grandes exposiciones se han organizado (e.g. CARA o Chicano Art of Resistance and Action y Hispanic Art In the United States) para la difusión de productos artísticos. El arte chicano, como la literatura, ha experimentado un renacimiento intrínsecamente pero también ha capturado a un público más allá de sus murallas, donde el graffiti del barrio antes dominaba. Aquí se notan influencias mexicanas, sobre todo en los esquemas cromáticos de grandes contrastes, llamativos y de orden popular. Por ejemplo, el muralismo mexicano ha sido retomado por los chicanos para crear un arte colectivo al alcance de quienes normalmente figuran marginados, empleando las murallas como plataforma de voces soterradas y presentando imágenes de una historia vivida. Esto se ve ampliamente por varias ciudades como Los Ángeles y San José en California, San Antonio en Texas, y Albuquerque en Nuevo México, donde la proliferación de murales es impresionante. A la vez, ya existe un número respetable de pintores que se destacan individualmente, y quienes han logrado representar realidades chicanas en lonas de manera original. El abismo que antes se tenía entre arte del barrio y del *mainstream* ahora se ha estrechado considerablemente, ya que forma parte de una vanguardia descentralizada o posmoderna. Es arte de pasión, a veces visceral en sus sentimientos, comprometido con su contorno social, impredecible en su imaginaria y revolucionario en su composición técnica. Sobre todo, combina dos lenguas plásticas: la mexicana con su rica tradición y la norteamericana con su variación estilística. El biculturalismo a menudo sirve de motor central, amalgamando lo tradicional con nuevos giros visuales. Si antes se le calificaba de ser un 'arte menor' o meramente 'popular', se empieza a apreciar un arte complicado en su substancia e inspiración, hipnotizante en sus innovaciones, conmovedor en su aura plástica y admirable por su compromiso a la imagen, produciendo una combinación única en forma de un *kitsch* gótico. Y, después de todo, cobra interés por su espontaneidad y por su habilidad de contar algo de contenido, mientras que retan los sentidos y facultades del espectador.

Artistas como Frank Romero ('chicanarte urbanizado'), Carlos Almaraz (absolutismo onírico), Ester Hernández (pinceladas descarnadas), Gronk (surrealismo gótico), Carmen Lomas Garza (primitivismo cotidiano) y Amado Maurilio Peña (neo-indigenismo) llaman la atención por su proeza cromático-imagenística. Emplean el arte como espejo de la realidad, dando a ésta lo que ella no provee. Así muestran que el arte es labor y alternativa a lo que eufemísticamente se conoce como 'normal', ya que el multiculturalismo en su sentido más amplio predomina. También cuestionan lo que se considera 'arte de salón' para volver al proceso creativo como la muestra máxima de su definición. Aquí está su razón de ser y su Empatía.

En cuanto a lo musical, los chicanos han mantenido una férrea tradición única al conservar ciertos ritmos y gustos propios de sus antepasados mexicanos a la vez que han asimilado influencias instrumentales. Aunque el mariachi recibe mayor publicidad, son mis autóctonos el conjunto y la música norteña. Por ejemplo, el corrido sigue produciéndose con frecuencia y originalidad, dando testimonio a experiencias que de otra manera quedarían olvidadas por la conciencia popular. El corrido resulta ser el medio épico de relatar eventos y sentimientos para difusión inmediata. Como en otras artes, la música chicana ha sabido asimilar influencias para crear expresiones distintivas, como lo ha sido el conjunto y la orquesta en Texas. De aquí ha surgido una ola importante de intérpretes como Little Joe y la Familia, quienes crearon la rúbrica de La Onda Chicana, un estilo combinatorio entre el jazz y el *rock* con la canción ranchera. Dicha bimusicalidad ha cobrado un gran interés al entrar en la etapa del sintetizador, habiendo repercutido también en el tipo de salsa y música tropical que se produce en los Estados Unidos. Actualmente, entonces, no resulta extraño toparse con música de extracción latina entre lo norteamericano (recuérdese a Ritchie Valens con "La Bamba" en los 50), y el uso del español ahora se toma como otra parte del lenguaje musical sin causar choques ni severas reacciones.

El cine chicano, o sea, ese escrito, dirigido, producido y realizado por chicanos, ha prosperado en los últimos años, gracias a su íntima inspiración en los movimientos sociales. Es decir, su afán de proveer un lente de documental y provocar un sentido de acción, lo ha motivado a responder a Hollywood por su larga historial de encajar al mexicano/chicano en papeles reducidos de ladrón, vaquero, femme fatale o campesino. Jesús Treviño (*Yo soy chicano*, *Raíces de sangre*, *Seguín*, *Birthwrite*) representa el pionero más destacado en la etapa más temprana del cine chicano. Pero ha sido Luis Valdez quien más que nadie ha llevado tal arte a su expresión más lograda en la pantalla con *Fiebre latina* (*Zoot Suit*, 1981) y *La Bamba* (1987). De la primera surgió el actor chicano más destacado hasta ahora, Edward James Olmos, quien después ha participado en triunfos importantes como *The Ballad of Gregorio Cortez* (1982) y *American Me* (1992). Otras obras que merecen atención son *El alambrista* (1977) con la actuación de Domingo Ambríz y *Born in East LA* (1987) del comediante Cheech Marín. El cine chicano, aunque todavía escaso por su cantidad, está recibiendo el respaldo que hasta hace poco se vela como inaudito.

No cabe duda que lo chicano va cobrando interés y reconocimiento por sus atrevidas cualidades de convertir lo inesperado en arte. Aún guarda muchos elementos populares, pero también ha sabido digerir y combinar lo que conviene sin borrar su

propia identidad artística. Si mucha de la expresión chicana contemporánea deriva de una inquietud social, se nota que su producción es mucho más que un estado de ánimo. Es un espíritu reivindicador que exige su lugar en la historia de las artes.